

LA EDUCACIÓN DEL NIÑO: SU ORIGEN Y NATURALEZA

Carta a Aída Terrón Bañuelos (1973)¹

«Si el niño se halla en total dependencia de los adultos, esa relación determina el ser del niño, lo caracteriza, le presta el rasgo capital y definidor. Además, esa relación de dependencia es primaria, es decir, es anterior a cualquier forma de conducta; la conducta del niño estará determinada en un principio por esa relación determinante. Pero, por lo mismo, lo que interesa en esta indagación es cómo esa relación determinante va a condicionar la evolución de la conducta del niño a medida que éste se desarrolle biológicamente; y se puede dar por supuesto, de antemano, que el análisis de esa misma relación determinante (la relación de dependencia) y de los cambios que se produzcan en ella tiene que proporcionar la clave para entender la evolución de la conducta del niño en cuanto forma externa de sus relaciones, en cuanto manifestación de éstas.»

Eloy Terrón Abad

Madrid, 16 de marzo de 1973

Querida Aída:

En esta carta me gustaría aclararte un poco qué entiendo yo por enseñanza o formación universitaria. Pienso que es una cuestión necesaria para que te des cuenta del salto que significa pasar de la enseñanza secundaria a la propiamente universitaria. También pienso que es útil entender lo que es la enseñanza universitaria para aprovechar mejor los recursos que pueda proporcionarte tu estancia en una universidad (en tu caso, la estancia en León). Disponte a leer con paciencia, porque, seguramente, esta carta va a resultar larga; no lo sé, ya que, en este momento, ignoro lo que voy a escribir: simplemente, intentaré seguir, con algún detalle, el desenvolvimiento de los hechos.²

Estado inerte del niño, al carecer de pautas de conducta animal, e inculcación y aprendizaje sociocultural de pautas humanas de conducta

Empezaré por el principio. El niño humano nace en un estado de invalidez, inerte, total; carece por entero de pautas de conducta; en él, las acciones individuales no se encadenan sucediéndose unas a otras de manera adecuada para conseguir un fin, como ocurre en la conducta sometida a pautas.

Como bien sabes, esas pautas de la conducta animal pueden ser heredadas o adquiridas por *experiencia*: el que sean de uno u otro tipo depende de la complejidad del medio en que desarrolla su vida el animal. Una tortuguita nace del huevo enterrado en la arena e inmediatamente se dirige al

¹ Transcripción, edición y glosas de Rafael Jerez Mir (teniendo a la vista el manuscrito original -que está incompleto- y el mecanoscrito conservado por Aída Terrón Bañuelos, profesora titular del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo y sobrina de Eloy Terrón).

² De hecho, Eloy Terrón sólo abordará en esta carta la problemática antropológica general de la educación del niño.

agua para vivir en el medio en que viven (y han vivido) sus mayores; su conducta -dirigirse al agua, captar su alimento, huir de sus depredadores, etc.- obedece a pautas heredadas, fijadas en su sistema nervioso. Un tigre, un chimpancé o un águila tienen que “aprender” -o adquirir- las pautas que regularán sus acciones para conseguir alimentos, buscar la pareja, huir de sus enemigos, etc. La conducta de estos animales es compleja; el tigre tiene que tener algún conocimiento de la conducta de sus presas para poder cazarlas y alimentarse; el chimpancé o el gorila tienen que aprender muy diversas pautas de conducta, ya que su alimentación varía mucho con las estaciones del año y con la sucesión de los frutos, semillas y brotes de los vegetales, llegando, incluso, cuando les obliga el hambre, a cazar animales para alimentarse; etcétera.

Las pautas de estos animales son muy complejas, tanto como lo exijan los cambios que se produzcan en el medio en el que hacen su vida. Cuando el medio varía mucho, el animal no puede desenvolverse en él con unas pautas rígidas, fijas, heredadas, dadas de una vez para siempre. Un medio variable exige diversidad de pautas en la conducta del animal, si éste ha de sobrevivir; por ello, el animal no puede tener su conducta determinada por una pauta única, rígida, heredada; al contrario, cuanto más variable es el medio del animal, menos pautas heredadas ha de tener para *adaptarse* al medio y sobrevivir y más posibilidades debe tener para adquirir pautas nuevas de conducta adaptativa. Las pautas heredadas de conducta se hallan en oposición a las pautas adquiridas: la existencia de aquéllas hace imposible la adquisición de nuevas pautas. Como el medio de la especie primate pre-humano era muy variable, las criaturas acabaron por nacer, prácticamente, sin pauta alguna de conducta a fin de facilitar la adquisición de no importa qué clase de pauta nueva.

Las crías humanas nacen, prácticamente, sin pautas de conducta: tienen que aprenderlas todas; tienen que aprender las pautas necesarias para adaptarse, mediante las acciones regidas, al medio cambiante. Pero ¿qué pautas han de aprender las criaturas humanas para adaptarse ventajosamente a su medio?

Aquí surge una diferencia definitoria, radical, entre la especie humana y las demás especies animales. Las crías de éstas viven directamente en el medio de los adultos (el ejemplo de la tortuguita recién nacida es ilustrativo: penetra inmediatamente en el medio en que hacen su vida los mayores); la criatura humana, no: el niño no vive en el medio en que vive su especie, los hombres. La especie humana vive en un medio formado, constituido, por todas las especies animales y vegetales, vive en el medio natural, en la naturaleza. El niño no vive en ese medio; nace y se desarrolla en un medio nuevo creado por la propia especie humana; vive en el medio humano, en la sociedad humana.

El medio humano -la sociedad- no es el medio natural de las especies (animales y vegetales); es algo nuevo y distinto; es el medio que resulta de la transformación de la naturaleza por los hombres, desde los orígenes de la humanidad: es el *medio cultural*. Los hombres han construido con sus manos -y con las herramientas fabricadas con ellas y las máquinas fabricadas con sus herramientas- y de acuerdo con los planes o proyectos elaborados en sus cabezas las ciudades, las carreteras, los canales, han creado lagos artificiales, han roturado las tierras de labor, han domesticado animales, han seleccionado

y transformado plantas silvestres, han fabricado barcos, camiones, trenes, aviones, cohetes y telégrafos y neveras, aspiradoras y televisores: han...transformado la superficie de la tierra para convertirla en la morada de la especie.

El *medio humano* -ese medio construido por el hombre para la protección del hombre- domina hoy toda la superficie de la Tierra y proporciona a la vida humana una protección casi total frente al hambre, los elementos, las agresiones animales e incluso frente a los enemigos invisibles productores de enfermedades y de la muerte.

Pero el medio humano no fue siempre tan idóneo como lo es hoy. Sus orígenes fueron increíblemente humildes. Sus comienzos fueron los brazos de los hombres, quienes -gracias a la postura erecta- pudieron sostener y proteger con ellos a sus desvalidas criaturas; consistieron en un bastón arrancado de alguna rama caída, algún hueso largo, algunas piedras para golpear o para cortar, algún abrigo natural formado por rocas o árboles y una mente ruda, que apenas se elevaría sobre la experiencia empírica -sensorial- pero que encerraba todas las posibilidades de progreso.

Lentamente, los hombres fueron mejorando y ampliando su *medio* hasta llegar a ser lo que hoy son; los hombres se convirtieron a sí mismos en hombres a medida que aprendieron a transformar la naturaleza con sus manos guiadas por sus mentes. Todo lo que hoy constituye el medio humano ha sido resultado de acciones humanas conducidas por las mentes humanas; todo es resultado de acciones conducidas por pautas de conducta humanas; las acciones del hombre son su *conducta*, la manifestación objetiva de lo que el hombre es al término de cada acción. Las acciones humanas materializan la conducta y revelan las pautas profundas; revelan la conciencia que hay detrás de la actividad.

El resultado es que, en el caso de la criatura humana, las pautas de conducta no sólo tienen que adaptarla al mundo natural sino también al medio humano, lo que es mucho más importante. Las pautas de conducta tienen que adaptar al hombre a los resultados de las miríadas de acciones de los otros hombres; lo importante es desarrollar en el niño pautas de conducta que lo adapten a los otros hombres: éste es el problema capital.

En el niño inerte -cuyo sistema nervioso no está plenamente desarrollado al nacer y que carece, por tanto, de respuestas a los estímulos del medio (esto es, de pautas adquiridas, tanto heredadas como aprendidas)-, en ese pequeño animalito -que no hace otra cosa que comer (durante los primeros meses la criatura humana es un estómago con aspecto de niño), llorar y defecar- hay que insertar, inculcar e infundir unas pautas de conducta adecuadas para que se vaya adaptando al medio humano, para que sus acciones estén en armonía con las instituciones, costumbres, normas y modos de comportamiento vigentes en la sociedad; esto es, unas pautas de conducta que favorezcan el orden social existente y que no lo pongan en peligro, porque los inadaptados (aquellos cuyas pautas de conducta son incongruentes con el medio social) provocan perturbaciones, temores y suspicacias en las gentes bien avenidas con el orden existente.

De hecho, a lo largo de la historia humana, todas las clases sociales dominantes han sentido terror ante las formas patológicas de conducta de sus

miembros; y, para neutralizarlas y extirparlas, se inventaron los ejércitos, los gendarmes, los tribunales, las cárceles, las horcas, los infiernos, las religiones, la brujería y otras formas de aterrorizar física y espiritualmente. Por ese motivo, las clases dominantes de todos los países han puesto su mayor empeño en la selección e inculcación de las pautas de conducta a los miembros jóvenes de sus sociedades. Las clases dominantes -los gobiernos a su servicio- han considerado siempre como una cuestión de ejercicio del poder -de dominio- el tipo de enseñanza que había que impartir a los niños. Luego si consideraban como un acto de poder la elección de la enseñanza es que ésta tiene una importancia primordial -capital- para el futuro de la sociedad; y es justo que piensen así: la inculcación de pautas de conducta “favorables” a la clase dominante es la forma más barata y más segura de preservar el orden establecido.

Ahora bien, esa misma práctica histórica evidencia que hay diferentes clases o tipos de pautas de conducta. Pero bien, ¿qué es lo que diferencia esas distintas pautas de conducta?: la diferencia consiste en el contenido de las mismas en cuantos condicionantes de la acción del individuo. Las pautas de conducta humana se diferencian radicalmente de las pautas de conducta animal. El destino de las pautas de conducta animal es adaptar a éste ventajosamente al medio; por eso, hay toda una serie gradual de pautas, que van desde las heredadas (impresas en el sistema nervioso) hasta las claramente adquiridas; pero, tanto en las unas como en las otras, se trata de adaptar a los individuos a medios de complejidad creciente sin que éstos dejen de ser medios *naturales*. Sin embargo, en el hombre, las pautas de conducta cumplen una doble función: adaptar a la especie humana al medio natural y adaptar a cada individuo al medio humano, al medio sociocultural.

Así se explica por qué en los animales las pautas de conducta son heredadas o adquiridas (o heredadas y adquiridas), aunque aun estas últimas son tan simples que los individuos las adquieren por simple imitación de la conducta observada en los adultos (esto es, los animales adquieren con gran facilidad sus pautas de conducta adaptativa), y por qué, en contraste con esto, la complejidad creciente de las pautas de conducta humana exige una forma nueva de adquisición de las mismas por los individuos.

La adquisición de esas pautas por herencia implicaría pautas rígidas e inmodificables, que impedirían la adquisición de otras nuevas; y, en cuanto a su adquisición por imitación, ésta sólo podría facilitar al individuo la adquisición de pautas sencillas cuya manifestación en acciones externas fuese inequívoca, ya que la pauta se constituiría únicamente por medio de percepciones de manifestaciones exteriores que, para ser eficaces, han de ser inconfundibles. Pero las pautas de conducta humana tienen que condicionar y modelar unas acciones en respuesta a situaciones tan mudables y complejas como lo son las manifestaciones de la sociedad humana mediada por todos los recursos culturales; los contenidos -los elementos- que configuran la estructura de las pautas humanas son muy variados, mudables y distintos como para ser adquiridos por herencia o por imitación, por lo que exigen una forma, un tipo nuevo, de transmisión y adquisición.

Esto último es posible precisamente por la diferencia cualitativa que existe entre la acción animal y la acción humana.

Ruptura de la cadena estímulo-respuesta animal y domesticación sociocultural mediante los cuidados sociales, la disciplina y la palabra

Como acaba de decirse, las pautas animales eran tan simples que se transmitían -o adquirían- por herencia, por imitación o por una y otra vía. Esto es resultado del carácter *natural*, unitario, de la conducta animal. Las pautas de conducta (o de acción, que es lo mismo) animal están constituidas por los destinos -proyectos o planes- de vida de cada animal individual, determinados a su vez por la naturaleza o esencia misma del animal que condiciona su existir, por sus relaciones con el medio (que son como la totalidad que determina las acciones elementales, particulares, dirigidas a cumplir, a realizar como destinos por los individuos). Ese destino o proyecto de vida animal se desarrolla como impulso alimenticio, sexual y defensivo, de manera que, cuando el animal tiene hambre, etc., busca el alimento o la pareja o huye ante la presencia del enemigo. Las acciones animales, así entendidas, son respuestas a estímulos, internos o externos, pero respuestas directas a estímulos; en el animal se da una relación entre el estímulo y la reacción a él; estímulo y acción están rigurosamente encadenados.

En el hombre, esto no es así. Lo diferencial en la especie humana es que se ha roto la relación entre estímulo y respuesta al estímulo; el hombre ha aprendido a inhibir -a rechazar y cerrarse a- los estímulos inmediatos; de manera que las acciones humanas no son referibles (no pueden referirse) a estímulos objetivos, manifiestos, externos. Las acciones humanas -la conducta del hombre- parecen estar determinadas por un propósito -designio, proyecto o destino- de naturaleza no biológica, sociocultural, *espiritual*. Parece como si el hombre rechazara los estímulos inmediatos, cotidianos, a fin de encontrarse libre para realizar su proyecto de vida, sus propósitos socioculturales. Esta diferencia -que el animal responde a estímulos y el hombre a propósitos- es capital para entender la naturaleza de las pautas de conducta animal y las humanas.

En apariencia, esa diferencia “radical” entre las pautas animales y las pautas humanas contradice la tendencia actual de la ciencia a descubrir vínculos directos entre la historia natural y la historia humana, entre naturaleza y cultura, y parece llevar el agua al molino del idealismo: separa al hombre de la naturaleza, como si el hombre fuera extraño a ella. Pero para la solución de este problema se pueden seguir dos caminos: establecer una continuidad entre el animal y el hombre basada en un materialismo vulgar e intentar explicar la conducta humana recurriendo a los instintos, a las hormonas o a los “genes”; o intentar analizar dicha continuidad como un cambio cualitativo, un salto de nivel, del animal al humano. De modo que, para evitar tanto el materialismo mecanicista vulgar como el idealismo (y salvar al hombre de un determinismo biológico asolador), se impone la tesis de un cambio cualitativo.

Científicamente, se puede afirmar que, por su estructura biológica, el hombre es un animal; por su anatomía y su fisiología la especie humana no se distingue en nada de los primates superiores. Pero no se puede pasar de ahí, porque el hombre es un animal “frustrado”, ya que no podemos estudiarlo en sus manifestaciones -en su conducta- animales.

Desde que la criatura humana nace, comienza la “destrucción” de su conducta animal para reemplazar esa conducta (“destruida”, inexistente) por

una forma de conducta elaborada interindividual o socialmente. Esa destrucción y ese reemplazo de la conducta animal por la conducta humana están representados, al comienzo, por los cuidados que se proporcionan al niño desde su nacimiento y por la forma de proporcionárselos. El modo de coger al niño, de alimentarlo, de protegerlo de la intemperie, de hacerle dormir determinadas horas, el hecho de hablarle como si entendiese algo y, más tarde, el obligarle a hacer sus necesidades en determinado lugar y en cierta posición, el forzarle a permanecer y a andar en posición erecta, todas estas acciones que se ejercen sobre el niño destruyen las posibles respuestas "originarias" de ese animalito a los estímulos del medio.

Claro que esa destrucción y ese reemplazo de la conducta animal del niño por la conducta humana sufren una aceleración radical cuando el niño empieza a andar y, sobre todo, cuando comienza a hablar. Durante la primera fase de la posición erecta del niño -y cuando éste comienza a andar- empieza a tener autonomía pero no tiene experiencia (carece aún de pautas de conducta). Entonces se produce una situación ambivalente: por una parte, el niño tiene que aprender a dominar su cuerpo en pie y en movimiento, andando, lo que constituye una necesidad de su desarrollo; y, por la otra, la autonomía que adquiere -y que solo adquiere si la ejerce- constituye un peligro para su vida y para las cosas.

Se plantea, por tanto, la necesidad de una forma de control que satisfaga esas dos exigencias: la autonomía y la integridad física; esto es, se impone un control a distancia (un cuidado directo y constante que salvase esas dos condiciones sería demasiado costoso en esfuerzo humano). Pues bien, el hombre -la mujer- desarrolló ese control a distancia, que cumple una función fabulosa por sus consecuencias. A saber: el grito, la exclamación, la palabra.

Piénsese en el número de veces al día en que la madre gritaría al niño en la primera fase de su posición erecta y ambulante "¡no toques!", "no hagas!", "¡ven aquí!", etc., etc. La primera reacción (o respuesta ante un estímulo) del niño ante el grito de la madre es detener la acción que va a realizar; esto ocurre en los niños mucho antes, a partir de los seis meses aproximadamente. Pero ¿qué es lo que sucede durante la primera fase de la posición erecta y ambulante y la adquisición de la primera forma de lenguaje en la que el niño se mueve entre cosas atraído por todo y va de un estímulo a otro como fascinado por ellas sin fijar la atención en ninguno?: pues que el grito de la madre viene a romper esa especie de encanto y a detener la acción, y que -como ese hecho se repite centenares, miles, de veces- en el niño se produce una sustitución de la acción (de la respuesta a la percepción del estímulo) por la palabra: la acción respuesta es reemplazada por una acción nueva, sustitutiva, vicaria, supletoria, la palabra.

La palabra -que va a constituir la escala para elevarse a un mundo nuevo, el medio humano, la sociedad humana, con todas sus miserias y grandezas- viene a interponerse así en el encadenamiento mágico del estímulo y la acción-respuesta. Este proceso es el verdadero salto de nivel de un primate superior al hombre, de lo animal a lo humano. Significa una especie de domesticación del animal primate para dar nacimiento al hombre, que se produjo en un lejano pasado histórico en la especie y que se repite hoy en cada niño que nace, de una manera irremediable, fatal, pero liberadora.

Esa sustitución de las respuestas animales por otro tipo muy distinto de respuestas (elaboradas por los hombres a lo largo de su historia sobre la base de la experiencia e impuestas a los nuevos miembros -a los niños- como el mejor equipo de respuestas, como las pautas óptimas de conducta) ha sido considerada por muchos escritores y científicos como la ruptura y la quiebra de la espontaneidad para ser sustituida por lo artificioso, lo innatural, como si lo elaborado por el hombre dejase de ser natural y como si la vida más próxima a la vida animal tuviese un encanto especial, una pureza de la que carecen las acciones humanas. Ésta es una reacción antihumanista típica, una postura predilecta de los irracionales modernos que pretenden revestirse con una máscara y un ropaje pastoriles. No: nada humano es antinatural. Los hombres son una parte real de la naturaleza y sus obras no pueden dejar de ser naturales; al contrario, no hay cosa elaborada por el hombre que no sea ventajosa para el hombre, que no le sea útil; y ésa es la base no ya sólo de la economía sino de todas las peripecias de la historia, pues todas las guerras se han hecho para apoderarse de cosas hechas por los hombres.

Frente a tales tendencias irracionales, es necesario insistir en la función liberadora de las pautas de conducta humana, que sustituyen en el niño a unas “potenciales” pautas animales.³

El animal permanece prisionero de sus pautas heredadas, rígidas y fijas, o de las adquiridas por propia experiencia y por imitación de las acciones de sus adultos coespecíficos; pero, en uno y otro caso, continúa encadenado a los estímulos internos y externos, sin poder formularse un proyecto -un plan- de vida que permita al individuo hacer su vida, cumplir o alcanzar un destino propuesto, vivir en libertad.

Como se sabe, la libertad no es abstracta; exige condiciones biológicas, psíquicas y sociales; exige ausencia total de interferencias biológicas sobre las pautas de conducta; de lo contrario, el hombre no puede ser libre. No puede ser libre a nivel intelectual, a nivel sociocultural -que es lo mismo que decir a nivel humano-, si no está sometido a riguroso determinismo todo lo inferior; los niveles inferiores, el celular como el animal, sin dejar de actuar, tienen que comportarse determinadamente; sobre todo el animal: nuestra propia organización animal tiene que estar sometida, superada, penetrada, por las nuevas pautas de conducta. Ningún hombre podría hacer proyectos y llevarlos a cabo si pudieran asaltarle nuevas y nuevas sensaciones. La función inhibitoria de la corteza es fundamental para el desarrollo del hombre. Hay que aprender a cerrarse a los estímulos comunes y cotidianos a fin de estar libre para obrar guiados por proyectos superiores de largo alcance; sólo así se puede sembrar el trigo en octubre para recogerlo en junio o julio, o plantar viñas u olivos para cosechar fruto al cabo de varios años. El hombre ha

³ Las pautas animales del niño al nacer son una pura quimera, un imposible absoluto. Pues, si abandonáramos al niño para no condicionarle le condenaríamos a una muerte irremediable (ya que no habría forma de alimentarle, limpiarle, abrigarle, etc., sin condicionarle, como pudo comprobarlo ya Federico II de Sicilia en la Edad Media). Y, si cuidamos al niño conforme al saber de cada época y sus costumbres y tradiciones -que es lo que la gente hace por lo común- ¿a dónde habrán ido a parar las pautas de conducta animal del niño? Es inútil; nunca podremos ya saber cuáles podrían haber sido las reacciones animales del hombre, porque han sido y son asumidas y superadas por las pautas humanas. El estudio del hombre como animal constituye un capítulo cerrado para siempre, ya que sólo podríamos estudiar su estructura anatómica y su fisiología pero no lo que es más característico de todo animal: sus pautas de conducta animal, sus manifestaciones, su acción y experiencia animal. (*N. de E.T.*).

sustituido la actividad condicionada por estímulos internos o externos por una actividad conducida por planes sociales, por fines elaborados socialmente con la experiencia humana acumulada.

Función liberadora de las pautas de conducta humana y unidad y diversidad de las mismas: somáticas, sociales e intelectuales

Las pautas de conducta humana -las pautas humanas- son, por tanto, configuraciones de experiencia humana destinadas a condicionar -a modelar, a controlar- la conducta de los individuos en grandes áreas de la actividad del hombre. Es muy importante analizar la naturaleza y la estructura de dichas pautas o configuraciones de conducta: hay que conocerlas en su diversidad y en los caracteres que las remiten a una profunda unidad.

La diversidad de las pautas de conducta humana se refiere -o afecta- a su función reguladora, a su contenido y a su adquisición.

Las pautas más tempranas en el hombre son las que afectan a la regulación o dominio muscular -de, por ejemplo, la cabeza, los ojos (como el volverse hacia la luz u orientarse en la dirección del sonido), las manos (para cumplir acciones voluntarias), la posición del cuerpo, de los pies y la postura erecta y ambulante-, así como las pautas de la alimentación y la digestión, las de los esfínteres de la orina y del ano y las del sueño. Más tarde aparecen las pautas del movimiento de los músculos glossofaríngeos para emitir sonidos de modo voluntario.

Estas pautas tempranas o primarias constituyen la base de todas las demás, porque afectan a la regulación profunda del soma animal como soporte de la individualidad humana. Son las pautas que reemplazan a las pautas animales, pero como tales pautas no son animales; son estrictamente humanas, porque -como muy bien demuestra la etnología- los hombres realizan hasta sus necesidades más primarias conforme a las tradiciones socioculturales del grupo. El individuo adquiere muy pronto estas pautas (algunas de un modo pleno y definitivo y otras -como el movimiento de los músculos glossofaríngeos o el de las manos- de forma perfeccionable) que le proporcionan el dominio profundo del cuerpo -del soma-, de la fisiología en sus niveles más altos; regulado así, el soma deja de constituir un obstáculo para el establecimiento de las pautas de segundo nivel.

El segundo nivel de las pautas de conducta humanas se refiere a las que regulan la paulatina inserción del individuo en el grupo. Estas otras pautas afectan al porte, a los modales, a las maneras peculiares de ser del grupo social. El individuo va diferenciando su comportamiento conforme a la edad, al sexo y la categoría de las personas con quienes tiene que convivir. Estas pautas proporcionan regularidad, estabilidad y fluidez a las relaciones sociales. En ellas interviene mucho la repetición -el hábito- pero también el conocimiento, la experiencia adquirida personalmente y acumulada y la social recibida en el lenguaje. A esta clase de pautas pertenecen todas las relacionadas con los componentes de la conducta individual no estrictamente intelectuales -conceptuales-, como el tacto, la sensibilidad, el gusto, etc.

Por último, al tercer nivel de pautas pertenecen las rigurosamente intelectuales, conceptuales. En realidad, tales pautas son la base del hecho humano y, por tanto, el verdadero fundamento de los dos niveles anteriores; y

esto por dos razones: porque en el medio humano todo -la cultura material (la tecnología), la sociedad y el conocimiento (el lenguaje y la experiencia acumulada)- está penetrado y determinado por un factor común, lo estrictamente nuevo y característico, específico: el *conocimiento* en cuanto trasunto de la realidad; y, además, porque también el individuo es penetrado y determinado en profundidad por ese factor nuevo, como lo evidencia su predisposición irresistible a recibir y dejarse condicionar por el mismo, hasta el punto de que penetra incluso en aquellos que parecen aislados por barreras tan infranqueables como la sordera, la ceguera e incluso ambas a la vez.

La adquisición de este último tipo de pautas comienza muy temprano en la criatura humana (de hecho, al poco de nacer) y constituye el aditamento o complemento de todas sus satisfacciones. Es un hecho general y bien conocido que las madres hablan siempre que prestan algún cuidado a sus hijos, de tal manera que la palabra se convierte en signo anunciador y en símbolo de toda satisfacción; así se prepara al niño para la adquisición de ese maravilloso instrumento que es el lenguaje, la puerta real para acceder (o penetrar) al reino del conocimiento, donde cada individuo puede beneficiarse de lo adquirido por los demás, presentes o pasados.

Otro rasgo que importa destacar en las pautas intelectuales es el riguroso determinismo que ejercen sobre el cuerpo del individuo -sobre su comportamiento fisiológico- a través de las otras dos series de pautas que se han mencionado. Ese determinismo alcanza hasta niveles muy profundos de la actividad animal (probablemente hasta los límites de la actividad celular); son sorprendentes las comprobaciones sobre el alcance del mismo que han realizado los fisiólogos modernos, especialmente los especialistas en reflexología (como la regulación de la actividad metabólica, la aceleración de las pulsaciones en los corredores cuando se aproxima la partida, etc., etc.).

Las consecuencias teóricas que se derivan de ese determinismo que las pautas intelectuales ejercen sobre el cuerpo son trascendentales para la comprensión del hombre, y entre ellas cabe destacar la inexistencia de diversos niveles de conciencia en el individuo normal y, por tanto, la negación del tan conocido plano del inconsciente, los instintos agresores, los instintos gregarios y demás. En el individuo humano no queda resto alguno de pautas estrictamente animales -biológicas-; tales pautas tendrían que ser o bien heredadas (fijadas en el sistema nervioso) o bien adquiridas, hechos ambos imposibles, ya que la domesticación sufrida por la especie -y a la que se ve sometido cada individuo, en particular- no sólo barre todo resto de pauta animal sino que hace totalmente imposible la adquisición de cualquiera de ellas.

Las nuevas pautas (especialmente, las intelectuales) imponen su dominio absoluto sobre el soma del individuo. Si no fuera así, los individuos no podrían adaptarse al complejo y multiforme medio humano. Lo que en muchos casos se interpreta como inconsciente -o como la persistencia de instintos, agresivos o de otro tipo- no es más que un síntoma claro del conflicto de pautas contradictorias, típico de una sociedad profundamente dividida en la que cada clase trata de imponer sus pautas o normas a todos los individuos para dominarlos o para resistir el dominio -la opresión. Los hechos terribles ocurridos durante la Segunda Guerra Mundial ¿son referibles a pautas animales? ¿A qué especie de animales? ¿A las especies de primates

superiores, nuestros próximos? Atribuirlos a instintos de estas especies sería calumniarlas.

Para el propósito de esta exposición, importa ahora volver al proceso de adquisición de las pautas intelectuales por los individuos, por los niños (al proceso de domesticación o de ruptura de la cadena natural de estímulo respuesta), análisis que se inició ya en la página 5. Como se ha señalado con reiteración, el proceso de adquisición de pautas intelectuales comienza muy temprano en el niño y se acelera enormemente desde que el niño principia a andar, para alcanzar su desarrollo adecuado cuando el niño comienza a dominar el lenguaje. Y también se ha indicado que, en el niño normal, la adquisición del lenguaje constituye un proceso doble, pues, por una parte, es una inhibición -un negarse a responder a estímulos naturales- y, por otra, un proceso de sustitución de la “respuesta” por la articulación (más o menos correcta) de una palabra.

La adquisición del lenguaje, momento clave de la educación del niño

La ruptura de la cadena natural de estímulo respuesta es la condición necesaria para la liberación del individuo humano del condicionamiento biológico de la relación con el medio animal a fin de ocuparse plenamente del nuevo sistema de relación con el nuevo medio humano: esto es, para el desarrollo de un nuevo sistema de conducta, del sistema de pautas de la conducta humana. El sistema de relación animal con el medio animal tiene que ser reemplazado por un nuevo sistema, porque con la aparición del hombre no sólo ha cambiado el medio sino también los estímulos; y un medio y unos estímulos nuevos exigen un sistema de respuestas igualmente nuevo.

El niño no posee ningún sistema animal de respuestas; por eso está tan bien predispuesto para adquirir uno: el sistema de pautas de la conducta humana. La vía de acceso a ese sistema es el lenguaje; y, por eso, en el desarrollo del niño se produce un salto cuando aquél comienza a dominar la lengua. Estimulado por los mayores que le rodean, el niño comienza a adquirir el lenguaje. Esa adquisición supone para él un doble esfuerzo: el de correlacionar su experiencia con palabras cuyo significado ya ha aprendido; y el de correlacionar las palabras con una experiencia. Esto es: el niño aprende a traducir su experiencia en palabras y, a la inversa, a asimilar las palabras como si fueran acompañadas de la experiencia correspondiente.

Este doble proceso es la base de la grandeza humana, es el fundamento del desarrollo sociocultural, pues hace posible la potenciación de la experiencia individual hasta límites increíbles, al facilitar el acceso de cada individuo al tesoro de experiencia social, acumulada y decantada en el lenguaje. La experiencia ganada por cada individuo es muy limitada y, sobre todo, muy particular, unilateral, ya que representa una porción insignificante de la realidad, accesible de modo directo al individuo en su actividad. Ampliar esa experiencia por la vía biológica exigiría la herencia biológica de experiencia o su adquisición por imitación, pero, tanto en un caso como en el otro, el enriquecimiento de la experiencia individual sería limitadísimo. Sólo una nueva forma de heredar experiencia implicaría un ensanchamiento radical e ilimitado

de la experiencia individual: la herencia social continuada de experiencia por medio del lenguaje.⁴

El dominio de la lengua propia sitúa al individuo en condiciones de asimilar la experiencia social *casí* como si se tratara de experiencia ganada individualmente, lo que significa que el individuo se encuentra frente a la realidad como si dispusiese de las manos y los ojos de los otros hombres (de los pasados y los presentes) integrados en su medio cultural. Esta capacidad de apropiarse la experiencia de los demás para potenciar la propia es la que proporciona a las pautas de conducta humana su enorme superioridad frente a las pautas animales.

El sistema de pautas de conducta con el que un grupo humano trata de equipar a sus jóvenes miembros equivale a estructurar su conciencia con un trasunto -una imagen, un esquema- de la realidad, ganado y elaborado por todos los individuos pasados y presentes, comprendidos en su ámbito cultural. Pero lo más sorprendente es que se equipa a los nuevos miembros con ese trasunto antes de que se enfrenten con esa misma realidad, de manera que, cuando vayan a ella, lleven ya el sistema acabado de respuestas. Es, a todos los efectos, como si el sistema de respuestas de la tortuguita que sale del huevo y se zambulle en el agua equipada con él, en vez de haberlo heredado biológicamente, hubiera sido cuidadosamente elaborado con la experiencia de todas las tortugas, pasadas y presentes, e inculcado a cada nueva tortuguita al romper el huevo. Algo parecido es lo que, idealmente, quisiera hacer cada grupo humano. A saber: equipar a sus jóvenes miembros con el sistema óptimo de pautas de conducta que les faculte (facilite o proporcione facilidades) para orientarse en el medio natural, integrarse en el proceso productivo e insertarse en el entramado social a fin de beneficiarse de las ventajas que representa el disponer de la experiencia social para el desarrollo del individuo.⁵

Aunque parezca reiterativo, conviene insistir -para que quede bien sentado- en que los hombres realizan sus acciones guiándose, no por estímulos concretos internos o externos, como les sucede a los animales, sino por “propósitos” sociales de corto o largo alcance. Son esos “propósitos” los que enmarcan o encuadran las acciones y les dan sentido; son, en una palabra, los esquemas condicionantes, determinantes. Y en esto consiste una de las diferencias radicales que separan la conducta humana de la animal.

El animal permanece siempre encerrado en el estrecho margen de los estímulos internos y externos, sin poder evadirse de su riguroso condicionamiento; su supuesta espontaneidad e inocencia radica en ese crudo

⁴ Para entender por qué el lenguaje constituye el medio único para acceder a la gran herencia social de experiencia es importante resumir brevemente la relación entre experiencia humana y lenguaje. Esta cuestión aclarará de nuevo el papel predominante de las pautas intelectuales al ponerse de manifiesto cómo, una vez en posesión del lenguaje, la única experiencia de la que el individuo toma conciencia es la que puede formularse en palabras, y cómo, así mismo, sólo la experiencia vinculable en palabras puede ser transmitida o comunicada. El lenguaje juega aquí un papel profundamente dialéctico: por una parte, parece limitar la recogida de experiencia, como si las únicas experiencias importantes fueran solamente las experiencias para las que el individuo dispone de palabras; y, por otra parte, salva la experiencia fugitiva y evanescente fijándola en palabras. La verdad es ésta: las experiencias que no pueden formularse en palabras son muy particulares e insignificantes, porque el lenguaje es el registro general y completo de la experiencia posible, en un momento dado, de un pueblo. (*N. de E.T.*)

⁵ La última cuartilla que se conserva del manuscrito concluye aquí, incluyendo una nota (“Continúa en la nueva paginación que comienza en la 19”) que remite a las páginas que se han perdido.

determinismo. Si el hombre estuviera sometido a un condicionamiento tan severo habría carecido de libertad para mirar al futuro. Pero, de hecho, realiza acciones que parecen no tener sentido desde el punto de vista individual; acciones solamente explicables desde una perspectiva social, que es el sustituto preciso de la renuncia a dejarse guiar por los estímulos internos o externos, fácilmente engañosos con frecuencia.

Sorprendentemente, ésta es la base del complejo problema de la libertad. Frente a la noción superficial y anárquica de que la libertad consiste en hacer lo que uno quiera está el concepto científico de libertad, según el cual ésta sólo se da en el establecimiento de los propósitos -u objetivos- superiores.

Los propósitos sociales, en tanto que esquemas condicionantes de la conducta humana, base principal de la conducta y la libertad del hombre

El individuo debe contar con el apoyo y el sostén social para establecer sus propósitos superiores, pero, una vez establecido un propósito, la libertad consiste en que nada ni nadie le impida llevarlo a cabo -le estorbe para poder realizarlo- poniendo todas sus fuerzas al servicio de su realización.

Los grandes propósitos de los individuos encuadran y determinan su conducta concreta. El hombre debe ser libre para elegir y debe disponer de medios para elegir bien y de sostén para llevar a cabo su propósito, pero nadie puede estar constantemente ejerciendo su derecho a elegir; éste sería un derecho absurdo, una manifestación del capricho y de arbitrariedad, un despilfarro de recursos sociales y una frustración del individuo.

La libertad para elegir hay que ejercerla y hacerlo a tiempo, pues el óptimo de la elección puede pasar y esta última es sólo el comienzo; después viene la realización. Hay elecciones importantes en la vida del individuo: elegir la profesión, elegir pareja. Estas elecciones no pueden demorarse de forma indefinida, porque pasa su momento óptimo. Por lo demás, hay que tener bien presente que toda elección es una determinación, porque condiciona la vida posterior del individuo. Tal es la explicación de por qué la conducta humana no está determinada por propósitos biológicos o psíquicos sino por propósitos humanos, sociales.

Hay que destacar el enorme papel jugado por estas perspectivas o propósitos sociales en el condicionamiento de la actividad humana, ya que el hombre les debe el inmenso esfuerzo acumulativo realizado por todas las generaciones pasadas.

En su actividad productiva, los hombres miraron siempre más al futuro, a las generaciones siguientes, que a sí mismos. Por eso domesticaron y seleccionaron animales, mejoraron frutos y semillas, roturaron y desecaron tierras, abrieron caminos, fabricaron puentes que habían de durar miles de años, perfeccionaron herramientas, inventaron máquinas; por eso construyen hoy edificios, carreteras, ferrocarriles, puentes, para decenios si no para siglos, repueblan terrenos erosionados para reconstruir el suelo de cultivo de las generaciones futuras; y por eso siempre se sacrifican hasta quitarse el pan de la boca para reproducir los hombres del futuro, las generaciones de mañana. (Esta entrega de los hombres de cada momento al futuro es la que dictó los planes quinquenales, que significaron una acumulación acelerada de riqueza y de medios de producción para las generaciones futuras).

Este condicionamiento del futuro es tan evidente que la casi totalidad de la actividad productiva humana estuvo y está destinada al futuro. Para apreciarlo, basta considerar que los hombres siembran cereales en octubre para recogerlos en el verano siguiente, como plantan viñas que tardarán en producir de 6 a 8 años, y esto, por no mencionar los olivos y otras especies de árboles que suelen tardar más de una docena de años en dar fruto. ¿Cómo se explica que el hombre se tome tan grandes esfuerzos por algo que él no podrá disfrutar? ¿Qué fuerza impele a los hombres a trabajar con denuedo para los demás?

Ésta es la demostración más evidente de que la conducta humana no está condicionada por motivaciones individuales, biológicas, y de que está determinada por factores sociales -los propósitos sociales- que, al ser beneficiosos para el grupo -para la especie-, son muy ventajosos para el individuo.

Al someter los individuos su conducta a los propósitos sociales (aunque no se trata de que los individuos se sometan sino que su conducta es modelada por el grupo social conforme a esos propósitos) y al superar toda motivación individual, los hombres fueron capaces de producir un *excedente* creciente que ha sido capital para la humanidad, al constituir la base de la seguridad y del progreso humanos.

Si la conducta humana no estuviera condicionada por propósitos sociales, no habría existido el excedente que hizo posible el sostenimiento de los viejos, de los enfermos y sobre todo de los niños. Más tarde el excedente sirvió para alimentar a los hombres que destacaron en la producción de algún artículo en particular, como la fabricación de herramientas, el trabajo de la piedra, de la madera o del hierro; esto es, el excedente fue la base del desarrollo de la división del trabajo, del artesanado, del intercambio comercial y de los comerciantes y, después, de todos los parásitos sociales. Pero el hombre pudo producir el excedente (una cantidad de alimentos mayor de la que consumía) precisamente porque no obedecía a pautas biológicas de conducta sino a unas pautas superiores, a pautas sociales.

Para entender y poder explicar la conducta humana es fundamental, por tanto, comprender la naturaleza, función y construcción de los propósitos sociales. Éstos, que -como se ha visto- son los que condicionan y determinan la actividad del hombre (su conducta), lo hacen de una doble forma: desde el exterior de cada individuo, como objetivos, fines y representaciones sociales; y desde la conciencia de cada uno que ha interiorizado y hecho sustancia propia esos mismos fines o propósitos sociales. Por lo mismo, la naturaleza de estos últimos tiene que ser tal que puedan tener una existencia objetiva, exterior a las conciencias individuales, y existir al mismo tiempo en cada conciencia como algo propio, individual y originario. Pero, si esos propósitos tienen que existir fuera y aparte de las conciencia a la vez que como contenidos propios, tienen también que ser producto objetivo de la actividad humana y, además, susceptibles de interiorización por el individuo a través de la experiencia o a través del lenguaje.

Por consiguiente, los propósitos sociales (designios, proyectos, intentos, etc.) tienen que tener una naturaleza entre representativa y conceptual, ideal. No poseen una naturaleza rigurosamente intelectual (como, por ejemplo, el

triángulo); más bien son susceptibles de descripción, precisamente porque se encuentran a caballo entre lo estrictamente ideal y lo afectivo; y tiene que ser así porque el propósito no sólo tiene que canalizar con claridad la actividad humana sino también estimular -mover- a la voluntad del hombre para realizarlo.

En ese sentido, los propósitos son verdaderas representaciones por su forma y verdaderas nociones intelectuales por su contenido. Son nociones revestidas de elementos sensibles para conferirles mayor fuerza de atracción y hacerlas más persuasivas. Su naturaleza esencial es representativa, en cuanto condensación de la experiencia, pero por la función que cumplen no pueden estar constituidos por nociones abstractas puras; tienen que revestirse de elementos sensibles para influir sobre la afectividad. Aunque, en su naturaleza más profunda, son el resultado de la actividad de abstracción y generalización de los hombres y el más claro y fehaciente testimonio de los elementos intelectuales que impregnan toda la transformación que la humanidad ha llevado a cabo sobre la biosfera.

Todo lo que los hombres han hecho sobre la tierra está impregnado de elementos intelectuales. Parece, pues, que la actividad humana está guiada únicamente por las decantaciones de la experiencia del hombre; y es natural que sea así, porque, de lo contrario, el que los propósitos sociales fueran fácilmente asimilables por cada individuo sería un hecho accidental y no podrían constituir un resultado de la actividad humana.

La naturaleza representativa de los propósitos sociales conviene con la capacidad de abstracción y generalización del hombre. Porque la representación es un producto fácil de la actividad humana (por su situación a medio camino entre la imagen concreta y el concepto puro) alejado de la realidad, tanto en su elaboración como en su asimilación. Pero, en sentido estricto, los propósitos o designios humanos son resultado de la actividad de los hombres, y, como tales, forman parte del bagaje intelectual de cada pueblo e incluso de cada grupo humano; constituyen una parte fundamental del sistema de pautas intelectuales de la conducta humana.

Al estudiar las pautas intelectuales de la conducta humana se advierte pronto que están constituidas por dos clases de elementos primarios: datos integrables y elementos integradores. Los datos son como la materia prima a la que los elementos integradores dan orden y confieren sentido; y la enseñanza, la adquisición de pautas intelectuales de conducta, consiste precisamente en la asimilación armónica de unos y otros.

En adelante, todo el esfuerzo de este trabajo se dirigirá a la búsqueda de etapas, objetivas, claras y diferenciables, en la formación y desarrollo del niño, porque, obviamente, esto puede ayudar al enseñante para emplear en cada etapa los recursos más adecuados y eficaces para facilitar al niño la adquisición de pautas intelectuales de conducta.

* * *

Dificultad del estudio de la formación y desarrollo del niño y de sus etapas básicas:predominio del vínculo afectivo primario hasta los 12 años

Encuentro difícil formular una sucesión de etapas en el desarrollo del niño desde su nacimiento hasta el estado adulto. Se pueden señalar, sí, algunos hitos capitales, como el empezar a andar y el comenzar a hablar, pero tales hitos nos dicen muy poco y, como tales hitos, no nos son de mucha ayuda para formular una teoría sobre el desarrollo infantil. Las dificultades me parecen mayores al comprobar que la evolución intelectual tampoco ofrece una base firme y evidente para el establecimiento de etapas o períodos al respecto. Es natural: probablemente en el desarrollo intelectual no se producen cambios o giros bruscos hasta los 16 o 18 años, cuando se realiza la unificación total de la conciencia y su identificación plena con el cuerpo por el descubrimiento de la autoconciencia o yo.

Durante los doce o catorce años primeros la vida intelectual del niño es algo demasiado débil y que se presenta como demasiado extraño para fundar una periodización del desarrollo del niño útil para el entendimiento de su evolución, y mucho menos, para ayudar a esa evolución a la que los educadores quieren cooperar. La actividad intelectual comienza, de hecho, desde cero y durante años es sólo un maravilloso pero tenue hilito que hay que reforzar y ayudar a crecer para que acabe por convertirse en el núcleo central determinante de toda actividad individual. La actividad intelectual es la forma más segura y más clara de relación del individuo con el medio, pero, al no haberse producido aún la unificación total de la conciencia y su plena identificación con el cuerpo, es una relación muy poco vinculante, muy poco vigorosa; es claramente insuficiente para dirigir la conducta individual; carece de vigor para ayudar al niño a superar dificultades, para sostenerle y ayudarle en tareas arduas, que requieren un esfuerzo constante y sostenido.

La trama de la conciencia muestra aún con demasiada claridad su origen externo para condicionar de modo vivaz la actividad (la conducta) infantil; de modo que se impone la búsqueda de un vínculo más vigoroso -más condicionante- para explicar la evolución de la conducta del niño y su transformación en hombre adulto. Tal vínculo tiene que existir; y debe ser otra forma de relación del niño con su medio que, por su poder condicionante, ayude a comprender dicho proceso. Es más, ese vínculo -esa relación- está bien patente, y, para encontrarlo, basta reflexionar sobre la situación inicial del niño y su evolución a lo largo de los primeros años hasta la pubertad.

La primera constatación evidente, general y precisa es la condición por completo inerte del niño y, por lo tanto, su dependencia absoluta de los adultos para sobrevivir. Tampoco admite discusión que, en cuanto proceso educativo, el desarrollo del niño tiene como propósito el tránsito del estado de absoluta dependencia inicial al de autonomía, autosuficiencia (siempre relativa, ya que en la especie humana no puede ser nunca plena, total) y autocontrol. De hecho, todos los esfuerzos educativos tienen por objetivo facilitar el paso de la dependencia total a la autonomía (autosuficiencia relativa).

Durante ese proceso el niño asimila -y asume- las tres series de pautas de conducta como consecuencia de su desarrollo biológico y su crecimiento: somáticas, organísmicas o psíquicas e intelectuales. En otras palabras: el desarrollo biológico y el crecimiento del niño implican -lleva consigo- un cambio

en las relaciones del mismo; el mero cambio de tamaño físico y el autocontrol somático modifican las relaciones del niño con su medio, en especial, con los adultos, a quienes le ligaba en un principio un vínculo de absoluta dependencia; y el paso de la dependencia total a la autonomía relativa -en cuanto el mero crecimiento y el desarrollo biológico obligan- impone nuevas relaciones, ya que modifica las relaciones originarias o iniciales, propias del estado de dependencia total.

Es una ley general de la naturaleza -de la realidad- que todo ser es lo que es por sus relaciones con los demás seres, puesto que lo que es está determinado por sus límites, que son los otros seres. Ahora bien, las relaciones que unen cualquier ser a los demás seres cambian a los seres cuando ellas cambian; y, a la inversa, si el ser cambia eso significa que "sus" relaciones han cambiado también o se hallan en situación de cambio. Precisamente por esto las relaciones de los seres son constitutivas, existenciales y esenciales; caracterizan, tipifican y definen al ser. Todo ser es lo que es por sus relaciones con los demás seres. Por lo mismo, el niño en estado de total dependencia existe por sus relaciones con su medio y esas relaciones condicionan -y determinan- el ser del niño.

La relación determinante, definitoria, del niño es su estado por completo inerte, su absoluta dependencia de los adultos. Si el niño se halla en total dependencia de los adultos, esa relación determina el ser del niño, lo caracteriza, le presta el rasgo capital y definidor. Además, esa relación de dependencia es primaria, es decir, es anterior a cualquier forma de conducta; la conducta del niño estará determinada en un principio por esa relación determinante. Pero, por lo mismo, lo que interesa en esta indagación es cómo esa relación determinante va a condicionar la evolución de la conducta del niño a medida que éste se desarrolle biológicamente; y se puede dar por supuesto, de antemano, que el análisis de esa misma relación determinante (la relación de dependencia) y de los cambios que se produzcan en ella tiene que proporcionar la clave para entender la evolución de la conducta del niño en cuanto forma externa de sus relaciones, en cuanto manifestación de éstas.

En efecto, una relación tan global, determinante, duradera y permanente, no puede por menos que provocar una respuesta vigorosa, firme y largamente influyente. La respuesta del niño a la relación de dependencia no es automática; tarda en aparecer porque es consecuencia del tomar conciencia de la relación de dependencia.

Durante los primeros meses de vida el niño vive en una situación de absoluta dependencia sin tener la menor conciencia, y sólo a medida que toma conciencia (que tiene alguna conciencia de lo que le rodea) aparece en forma muy vaga la respuesta a la relación de dependencia. Esto ocurre cuando el niño reconoce a la madre o a la persona que hace las veces de tal; la respuesta a la relación de dependencia surge precisamente como consecuencia del conocimiento de esa relación por parte del niño; el niño acaba por reconocer a la persona que satisface todas sus necesidades y que no se limita a satisfacerlas sino que lo hace con cariño, demostrando amor al hacerlo. Las condiciones objetivas están claras: el niño se encuentra en situación de total dependencia de los adultos -de la madre- para satisfacer sus necesidades vitales; en la generalidad de los casos la madre satisface las necesidades del niño manifestándole cariño, amor; la persistencia de esta

relación genera la respuesta en el niño, pero sólo a medida que va tomando conciencia de la realidad y reconoce a las personas de las que depende; y la respuesta del niño alcanza la máxima intensidad cuando ha logrado el dominio básico del lenguaje, entre los tres y los cuatro años.

Esa respuesta generada en el niño por la larga y permanente relación de dependencia (por la satisfacción de sus necesidades con amor) tiene un valor y un significado crucial para el desarrollo posterior del niño porque es, de hecho, el núcleo originario de la afectividad, la matriz de toda la vida emocional, el todo indiferenciado desde donde se desarrollarán todos los sentimientos, las emociones, toda la riqueza de la sensibilidad humana. Por lo mismo, esa afectividad originaria constituye una poderosa fuerza que domina al niño e incide sobre la misma condición de la dependencia, sobre la madre; es una fuerza irracional que vincula poderosamente al niño a la madre, al padre y a los componentes inmediatos de la familia en dependencia de los cuales se ha desarrollado.

Las manifestaciones de la violenta exclusividad de ese vínculo afectivo se manifiestan con claridad en la conducta del niño en relación con todo lo exterior a la familia, y, principalmente, en el primer período de asistencia a la escuela. El niño opone una resistencia totalmente irracional a salir del círculo familiar y, sobre todo, de la órbita de la madre. Teme perder ese vínculo de dependencia -la constante satisfacción de sus necesidades de amor- que para él es la madre; y fuera de él se siente abandonado, desasistido. Aunque ya hable y entienda el lenguaje y siga una argumentación, cuando se le contraría en sus deseos o se le intenta separar de la madre el vínculo afectivo originario se presenta con toda su fuerza y su avasalladora influencia, obnubilando su naciente conducta intelectual; y, ante esa influencia dominante, de nada vale el razonamiento. De modo que es precisamente aquí donde se advierte mejor la diferente influencia que ejercen sobre la conducta del niño el vínculo afectivo originario y la naciente inteligencia (las pautas de conducta intelectual iniciales), esto es, el poderío relativo de las dos formas básicas de relación con el medio: la forma intelectual y la afectiva.

Tiene que ser así. Las pautas intelectuales son todavía muy débiles, pues no se han identificado aún con la organización somática del individuo y aparecen como algo ajeno, exterior, sin vigor; y, en cambio, las pautas organísmicas o psíquicas -que se enraízan, por el contrario, con mucha mayor profundidad en el individuo- aparecen más identificadas con el cuerpo y, sobre todo, con las necesidades de éste, que, para el niño, son las relaciones más poderosas que le unen o vinculan con el medio en el que obtienen su satisfacción. En ese sentido, el vínculo afectivo originario es el resultado de la toma de conciencia por el niño de su dependencia del medio (esto es, de las personas que satisfacen sus necesidades), resulta de la conciencia de su condición inerte y del reconocimiento de su dependencia respecto de la madre.

Aquí se verifica un cambio dialéctico. El desarrollo de la experiencia descubre al niño su condición inerte y a la vez la persona -o las personas- de las que depende para la satisfacción de sus necesidades, y de ese conocimiento surge una nueva forma de relación, mucho más potente que los elementos que la han hecho posible y la han alumbrado; pero, por lo mismo,

esa nueva relación se impondrá vigorosamente a las relaciones que la han condicionado.

La justeza de ese proceso se advierte mejor si se considera que las pautas intelectuales son más exteriores, más asépticas, menos vinculantes, que el niño percibe la vida del cuerpo como un complejo de necesidades apremiantes e insoslayables, y que todo lo relacionado con la satisfacción de las mismas se imprime emocionalmente en su conciencia hasta constituir ese vínculo originario de la afectividad, que une al niño a la madre y a su círculo familiar de modo férreo.

Ahora bien, el carácter dialéctico de ese vínculo afectivo originario se manifiesta también en lo contradictorio de la influencia del mismo. Por una parte, dado el dominio que ejerce sobre la conducta del niño, empuja a éste al aislamiento, convirtiéndose así en un obstáculo para la ampliación de sus relaciones y para el ensanchamiento del campo de sus experiencias; pero, por otra parte, un potente vínculo afectivo originario es siempre un apoyo firme para el desarrollo del niño y un núcleo muy rico en posibilidades si se orienta debidamente al niño en orden a superar su aislamiento y a extender el campo de sus relaciones.

Además, un vínculo afectivo poderoso será el centro de un haz prometedor de sentimientos nobles y generosos; la adhesión profunda a la madre y a la familia acabará -si se la dirige bien- por ensancharse para abarcar a los maestros y a los niños más afines de su clase. Y un fuerte vínculo afectivo es también una palanca potente para influir en la conducta del niño, porque ofrece oportunidades para estimular al niño en las direcciones más convenientes para su evolución intelectual y afectiva.

En ese sentido, el peligro más grave puede provenir de una orientación arbitraria y desordenada -e incluso incoherente o desintegradora- de la conciencia del niño en cuanto sistema de conducta. Si los padres o los maestros no tienen experiencia ni sensibilidad para ayudar al niño a superar su tendencia al aislamiento dentro del círculo familiar pueden causarle mucho daño; tanto, como para destrozar su inquebrantable confianza en los suyos en vez de aprovechar esa fuerza para ayudarse a salvar las barreras que determinan el círculo familiar hasta abarcar un ámbito mayor de relaciones humanas. Porque las relaciones humanas constituyen el medio a través del cual el niño se convierte en persona -en un hombre apto para integrarse de modo satisfactorio en la sociedad y asumir en ella su responsabilidad- y, por lo mismo, también, la condición básica para formar hombres sanos y libres, hombres creadores.

* * *6

⁶ Este triple asterisco final evidencia que Eloy Terrón pensaba continuar el texto, aunque de hecho no lo hizo.